

Agobiado

He estado unos días en una localidad playera. Me gusta leer bajo la sombrilla, darme baños de mar, tomar cervezas en los chiringuitos y cenar con los amigos en alguna terraza desde la que se vean las luces de la costa y el negro abisal de la noche marina. A primera hora del primer día, me voy a la playa. No hago más que poner la sombrilla y pasa un hombre vendiendo gusanitos, luego pasa otro vendiendo cervezas. Todo el mundo tiene derecho a vivir, me digo, y enseguida pasa otro hombre cargado de perchas con vestidos finos de corte moro. Aún no ha desaparecido entre los veraneantes, cuando viene otro vendiendo CDs o DVDs piratas. El desfile se repite muchas veces, y todo mientras cada poco tiempo sobrevuelan sobre nuestra mirada avionetas con carteles que anuncian pipas El Piponazo o uno no sabe muy bien qué, por mucho que intente leer las letras, incluso pasan de tres en tres, en formación, con sus respectivos carteles ilegibles.

Me doy un baño y me voy al chiringuito a tomarme una cerveza y una de sepia y enseguida se presenta con un saxofón un músico que no es músico, sino uno que se sabe de memoria la sucesión de las teclas. Escarbo en la cartera y le doy una moneda. Todo el mundo tiene derecho a vivir, me digo. Pero a la nada viene otro con sombrero mejicano y un acordeón y también nos toca. Y mientras nos toca, pasan vendiendo vestidos o CDs y sobrevuela la playa una avioneta con un cartel.

Parece un poco agobiante, pero el día aún no ha acabado. Por la tarde, al coger el coche, tengo cuatro papeles el parabrisas: dos me anuncian restaurantes chinos, uno una inmobiliaria y otro una sala de fiestas. Y mientras cenamos pasan no sé cuántos vendedores de flores y de CDs y DVDs piratas y nos tocan con saxofones, con guitarras, con acordeones y hasta con panderetas.

Juan Bosco Castilla